

bian suspendido los mejicanos sus ataques á los cuarteles, y terminaron suplicándole que acudiese pronto á Méjico á fin de que se remediasen los males (1).

Térrible fué para Hernan Cortés el golpe recibido con las anteriores noticias. Cuando se imaginaba libre de todo enemigo; cuando soñaba asegurada la posesion tranquila de las provincias que se habian declarado feudatarias de la corona de España, en los risueños instantes en que se lisonjeaba de ser recibido en Méjico por el monarca y los nobles con el respeto y consideraciones que en su primera entrada le habian manifestado, se veia precisado á reunir todos sus elementos de guerra para ir á salvar sus compatriotas. La lucha habia empezado, cuando él acariciaba la idea de paz y de ventura. No habia tiempo que perder. Hernan Cortés era de los hombres que no desmayaban ante los obstáculos. Siempre estaba dispuesto á obrar, y parecia que las contrariedades daban mayor fuerza á su genio. Perder la capital, equivalia, en su concepto, á perder el pais entero; á ver desaparecer de las manos todo lo adquirido á fuerza de trabajos y peligros (2).

El caudillo español despachó inmediatamente mensajeros que alcanzasen á los capitanes Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz. Con ellos les hacia saber los sucesos acaecidos en Méjico, y les ordenaba que, por el camino mas corto, se dirigiesen á marchas forzadas á Tlaxcala, á

(1) «Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado.»—Bernal Diaz, Hist. de la Conq.

(2) «Se perdía la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y á quien todos obedecian.»—Seg. C. de Cortés á Carlos V.

donde él se dirigia tambien. Habló luego á los oficiales y soldados que habian pertenecido á Narvaez, preguntándoles si estaban dispuestos á seguirle, y no hubo uno solo que no se ofreciese á marchar con él. No se hubieran ofrecido, con el placer que lo hicieron, dice Bernal Diaz, y acaso «no hubiera ido ninguno de ellos, si hubiesen sabido que los mejicanos tenian los numerosos ejércitos que llegaron á ver mas tarde.» (1).

Hernan Cortés hizo los preparativos de marcha, con la actividad que le era característica. Mandó á Francisco de Lugo que se presentase en Cempoala con toda la fuerza que habia llevado á Veracruz; y dejó en este punto á Rodrigo Rangre, con una guarnicion de cien hombres, pues juzgó de mas importancia, en aquellos críticos instantes, los servicios de Gonzalo de Sandoval en la expedicion á Méjico, que en el puerto en que estaba de gobernador. Pronto estuvo todo dispuesto. El cacique cempoalteca proporcionó los indios de carga necesarios para llevar los bagajes y los bastimentos, y los soldados se formaron para emprender la marcha.

Cortés dejó en Cempoala los enfermos y los heridos, al cuidado de una corta fuerza, recomendando á las autoridades indias, que les proporcionasen todo lo necesario. En el momento en que se hallasen restablecidos, el destacamento debia ponerse en marcha para la capital azteca.

Dadas las instrucciones necesarias á los capitanes de las compañías, señalando el orden que debian guardar las tropas en la marcha, se emprendió ésta hácia Tlax-

(1) «Que todos á una se le ofrecieron que irian con nosotros; y si supieran las fuerzas de Méjico, cierto está que no fuera ninguno.»—Bernal Diaz.

cala, punto de reunion de todo el ejército. Los soldados, deseando llegar pronto en socorro de sus compatriotas, caminaban á paso acelerado, á pesar del sofocante calor que reina constantemente en la provincia cálida que atravesaban. Los habitantes de las cortas poblaciones por donde pasaban, salían á ofrecerles los víveres que tenían, y les presentaban jugosas frutas para que mitigasen la sed en el camino. Las tropas caminaron por algun tiempo encontrando los recursos necesarios, pero poco antes de llegar á Tlaxcala, en un terreno fragoso y casi solitario, se encontraron sin víveres y sin agua. El sol era abrasador; y muchos soldados de Narvaez, que no estaban acostumbrados á grandes fatigas, se sentían desfallecidos de necesidad y de cansancio. Sin embargo, animados por el ejemplo de los antiguos veteranos, sufrían, sin quejarse, la devoradora sed y los trabajos, y seguían á sus compañeros, manifestándose alegres y contentos.

Hernan Cortés habia hecho que se adelantase una fuerza de caballería á la capital de la república de Tlaxcala, dando noticia al senado de que se acercaba, y pidiendo que le tuviesen dispuestas las provisiones necesarias para la gente que llevaba. Los senadores se esmeraron en cumplir con el deseo del general español, y al entrar en la ciudad, donde fué recibido con verdadero regocijo de los nativos, encontró abundantes víveres prevenidos para sus tropas por sus hospitalarios habitantes. En medio de la nobleza tlaxcalteca y de los gobernantes de la república, fué conducido al palacio de Maxixcatzin, uno de los cuatro senadores de la nacion, donde le tenían dispuesto el

alojamiento. El senado, deseando manifestarle su adhesion, le dió dos mil guerreros de sus mejores escuadrones, mandados por valientes caciques. Profesaban un odio implacable á los mejicanos; y al ver que se trataba de darles guerra, se apresuraron á enviar su gente para que los hostilizasen sin descanso. Casi al mismo tiempo de haber llegado el general castellano á la ciudad, llegaron tambien algunos soldados tlaxcaltecas enviados por Pedro de Alvarado. Por ellos tuvo Cortés nuevas noticias del movimiento popular de Méjico y de las críticas circunstancias en que se encontraban los españoles y sus aliados. Poco despues entraron en Tlaxcala al frente de sus destacamentos, Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz. El infatigable general pasó inmediatamente revista á sus tropas, y vió que contaba con cerca de mil infantes españoles y noventa y seis caballos. En la infantería, habia ochenta arcabuceros y número igual de ballesteros (1).

Hernan Cortés juzgó suficiente la tropa que tenia para entrar en Méjico, y emprendió la marcha, llevando de auxiliares á los dos mil guerreros tlaxcaltecas, dados por la república. El ejército tomó un camino mas al Norte y mucho mas recto que en su primera marcha á la capital azteca. Era el camino de los llanos de Apan y de Texcoco, que hacia menos larga la llegada al gran valle. El ejército caminaba con las pre-

(1) «Hernan Cortés en su segunda carta á Carlos V, pone que eran «setenta de caballo y quinientos peones.» Bernal Diaz hace subir el número á «mil trescientos infantes y á noventa y seis de caballería.» Yo he abrazado el término medio, porque corresponde con lo que expresan algunos documentos referentes á las fuerzas de Cortés y de Narvaez antes de estar unidas.

cauciones de costumbre, subiendo una áspera sucesion de cordilleras, cubiertas á uno y otro lado de elevados cedros, cipreses y pinos, que extendian sus frondosas ramas, enviando bienhechora sombra al fatigado guerrero. Las sinuosidades del terreno; las profundas barrancas en cuyo fondo corrian abundantes arroyos de cristalinas aguas; la vegetacion silvestre y vigorosa que por todas partes se presentaba, revelando la feracidad de aquellos terrenos incultos; todo el paisaje, en fin, que se descubria á donde quiera que se dirigia la vista, era pintoresco y seductor. Pero la fatigada tropa poco ó nada se fijaba en las bellezas que ostentaba en aquellos instantes la naturaleza. Para la contemplacion es preciso que el espíritu esté tranquilo; que la imaginacion pueda fijarse dulcemente en los objetos que la rodean. Quien marcha preocupado con la idea de una empresa en que está comprometida su fortuna y su vida, no está en disposicion de apreciar nada de lo que se halla lejos del centro de atraccion de su pensamiento. Los soldados españoles se hallaban en este caso. Descubrian desde lo mas alto de las montañas, el delicioso valle de Méjico, aunque de un punto diverso al primero, con sus bellas florestas, sus espaciosos lagos, sus numerosas ciudades, sus islas y sus bosques; miraban destacarse á la orilla del lago, la sorprendente ciudad de Texcoco; la Atenas del Anáhuac, con sus labrados campos, cubiertos de maizales y de jardines, que se extendian á sus piés como una matizada alfombra; pero sus ojos no se detenian á examinar aquel bello panorama, porque el pensamiento estaba fijo en los cuarteles en que se hallaban cercados sus compatrio-

tas. Anhelaban llegar, y caminaban sin fijar la vista en los objetos que les rodeaban.

Cuando descendieron al valle y penetraron en sus verdes campiñas, se admiraron de la soledad y del silencio que por todas partes reinaba. Los habitantes de las poblaciones que antes habian salido á felicitarles presentando á Cortés bastimentos y regalos, ahora, abandonando las poblaciones, se habian retirado á los bosques, dejando desiertos sus hogares. Nadie salia á recibirles y todo indicaba que el valle entero se hallaba en actitud hostil y dispuesto á la guerra. Hernan Cortés, temiendo encontrarse de un momento á otro con grandes ejércitos situados en algun mal paso, marchaba con las mayores precauciones, dispuesto siempre al combate (1). Así llegó á Texcoco, donde esperaba que le recibirian con agrado. ¡Vana esperanza! La capital del reino acolhua se hallaba en la soledad y el silencio. Su rey estaba ausente, y la ciudad desierta. Ninguna persona notable salió á recibir al general y su ejército (2). Unos cuantos individuos, de muy poca importancia en el gobierno, se presentaron á ponerse á sus órdenes. Aquel frio recibimiento fué altamente sensible para Cortés y sus antiguos veteranos, pues habian ponderado á sus nuevos compañeros, la bri-

(1) «Y en todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Mutezuma, como antes lo solian facer, y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada; de que concebi mala sospecha, creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado, eran muertos, y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algun paso ó parte donde ellos se pudiesen aprovechar mejor de mí.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) «Y no se nos hizo honra ninguna en ella ni pareció ningun señor.»—Bernal Diaz.

llante recepcion que encontrarian en todos los pueblos. La ausencia del monarca texcocano que debia, en parte, á su influjo, la corona que ceñia, y el no ver llegar á ninguno de sus nobles á cumplimentarle, le hicieron creer que Pedro de Alvarado y sus soldados habian perecido (1).

Cuando Hernan Cortés, cuidadoso de la suerte de los compatriotas que habia dejado en la capital azteca, se disponia á enviar á uno de sus soldados á informarse de lo que habia sucedido, apareció en la laguna, por el rumbo de Méjico, una canoa que se dirigia á tierra con varios individuos. La direccion era hácia donde él estaba. Pocos momentos despues saltaban al muelle cuatro hombres, entre los cuales iba un español de los soldados de Alvarado. Por él supo Cortés que la guarnicion vivia, aunque habian muerto seis compañeros en los ataques recibidos. Respecto de la situacion, manifestó que no podia ser mas angustiosa, pues carecian de lo mas preciso, y se veian cercados de enemigos por todas partes. Añadió que á él le habian dejado salir, porque le enviaba el mismo Moctezuma en compañía de otro mensajero mejicano, que era uno de los que con él iban.

Cuando acabó de hablar el soldado, el mensajero del monarca azteca felicitó á Cortés de parte de su emperador, por su feliz regreso; manifestó que el deseo de Moctezuma era que marchase inmediatamente á la ciu-

(1) El historiador texcocano Ixtlilchochitl, explica parte del motivo del frio recibimiento hecho en Texcoco á Cortés. «En la misma ciudad de Tetzcuco,» dice, «habia algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro de Alvarado y sus compañeros en Méjico.»—Ixtlilxochitl. Historia chich.

dad, pues esperaba que, con su presencia, volveria á establecerse la paz, alterada bien á su pesar. El enviado agregó, que su señor temia que Cortés, creyéndole culpable, llegase enojado contra él; pero que le protestaba que no habia hecho otra cosa que procurar contener al pueblo, para evitar la desgracia de sus huéspedes. El general español contestó al mensajero, diciéndole, que asegurase á Moctezuma que no abrigaba sentimiento ninguno contra él, pues estaba informado de que nada habia omitido en favor de los españoles (1).

La noche la pasó el ejército en Texcoco; y al alumbrar el nuevo sol, emprendió su marcha hácia Méjico por la ribera del lago, lleno de animacion otras veces, y solitario y triste en aquellos momentos. No cruzaban por la serena superficie de sus aguas las ligeras canoas que, en número maravilloso, vieron cruzar cubiertas de gente y de mercancías, la primera vez que se dirigieron á la grandiosa ciudad de Tenochtitlan. Si alguna llegaban á descubrir, desaparecía en el instante, como si fuera vigilante dispuesto para dar aviso de que se acercaba el enemigo.

A medida que avanzaba el ejército, se aumentaban la soledad y el silencio. Ni una sola persona se acertaba á descubrir en cuanto abarcaba la vista. Se hubiera dicho que el valle estaba sin habitantes, á no desmentirlo los labrados campos cubiertos de maizales, y las bellísimas huertas y jardines que por todas partes se descubrian.

(1) «Yo le envié á decir que no traia enojo ninguno del, porque bien sabia su buena voluntad y que así como él decia lo haria yo.»—Segunda Carta de Cortés.

El ejército pernoctó á tres leguas de la capital azteca (1). Hernan Cortés recomendó la mayor vigilancia, y colocó centinelas de caballería en los puntos mas avanzados.

1520. Brilló la luz de 24 del Junio, dia con-
Junio 24. sagrado á San Juan Bautista. El ejército español, antes de emprender su marcha, se dispuso á cumplir con el precepto de la iglesia. Se improvisó un altar, y el padre Fray Bartolomé de Olmedo celebró el santo sacrificio de la misa, á la que asistieron, con profunda devocion, los soldados y la oficialidad, hallándose á la cabeza de todos Hernan Cortés.

Cumplido con el deber religioso, se emprendió el camino hácia la capital. La misma soledad; el mismo silencio que los dias anteriores. Nadie se presentaba por la calzada; nadie por la laguna, á ver pasar á los hombres blancos como lo habian hecho la vez primera que llegaron. El jefe castellano y sus soldados, interpretando el retraimiento de los nativos por hostilidad marcada, marchaban prevenidos para el combate. El colorido imponente del cuadro tomó proporciones más alarmantes aun, al penetrar en las calles de la ciudad. Todas estaban solitarias y como envueltas en una atmósfera pavorosa. Nadie aparecia en ellas. Las casas se encontraban abandonadas; levantados los puentes que conducian á ellas, y quitados los petates que formaban sus puertas (2). Cortés, en medio de la actitud imponente que presentaba la capital, acarició aun la

(1) «Y dormí en el camino, á tres leguas de la dicha gran ciudad.»—Segunda C. de Cortés.

(2) «Y no parecian por las calles ni caciques, ni capitanes, ni indios conocidos, sino todas las casas despobladas.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

esperanza de que, con su presencia, volveria á establecerse la buena armonía. Pensó que el retraimiento, podia reconocer por única causa, el temor de ser castigados por las pasadas escenas, y se lisonjeó de poder conjurar la tempestad (1).

El ejército atravesó las solitarias calles y los puentes, sin escuchar mas ruido que el producido por sus pasos y el del agua que corria por los anchos canales que cruzaban la ciudad en varias direcciones. Al hallarse á corta distancia de los cuarteles, el general mandó á los tambores y cornetas que tocasen marcha, á fin de que supiesen Alvarado y sus soldados, que se acercaban. Pronto llegaron las tropas á la calle en que se encontraba el palacio de Axayacatl. Las puertas de los cuarteles se abrieron, y los soldados que llegaban, fueron abrazados por los que se hallaban dentro, como sus salvadores. El regocijo de los que se habian visto sitiados, no tenia límites. Se creian libres ya de todo peligro, y las pasadas penas se olvidaron con el placer que sentian al referirlas.

Moctezuma, al ver que llegaba Cortés, bajó al patio y se dirigió á él para darle una afectuosa bienvenida; pero el jefe español, creyendo por lo que le habia pasado en Texcoco, que alguna parte debia haber tenido en el movimiento de la ciudad, se pasó de largo, sin atenderle. El desprecio del jefe castellano traspasó de pena el corazon del bondadoso monarca azteca, y se

(1) «Y vi poca gente por la ciudad, y algunas puertas de las encrucijadas y traviesas de las calles quitadas, que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacian de temor de lo que habian hecho, y que entrando yo los aseguraria.»—Seg. C. de Cortés á Carlos V.